

tes pupilas, ensanchando las ventanillas de su nariz, vibrando en el turgente seno, y la del patrón ñor Julián, «dueño del beneficio y del cafetal y del cerco y del potrero y de la bueyada y de las sacas de leña y del trapiche del bajo y del cañal que lo rodea y del potro azulejo que en el caedizo se regodea con su buen cajón de pasto picado». Es característico del autor que ni moraliza ni sentimentaliza sobre la suerte de Engracia; en cambio, describe el acierto con el cual ella y su raptor arreglan sus vidas, antecedente que motiva la culminante tragedia hábilmente relatada. Sólo una idea bullía en el encandilado cerebro de ñor Julián: «dale gusto a la Engracia» y sólo un sentimiento dominaba en el corazón de la muchacha: «sacarle los riales a ñor Julián» y ambos cumplen maravillosamente sus propósitos.

En un ligero esbozo como *El principio de autoridad* que simplemente pinta el encuentro del autor con un pícaro vendedor de leña, se puede apreciar su completo dominio de la materia y su tecnicismo gálico. Es esto precisamente lo que debe hacerse a la perfección para causar el verdadero efecto, y el señor González Zeledón lo hace de una manera maravillosa. Le da vueltas en su lenguaje a los jugosos nombres españoles de las variedades de leña que había antes; describe con cierto desdén verdes, «llorones, chorreando agua» los palos de leña que se venden hoy día y salta al picante diálogo lleno de sabor. La discusión entre el escritor y el vendedor de leña con la intervención del policial enfurecido, su aparición en el patio, todo descrito maravillosamente, con una vivacidad tal que hace a la insignificante historia aparecer como si fuera real y nos hace ver y oír al campesino desde adentro con su gran sombrero de paja haciendo sombra a unos ojillos llenos de malicia y desconfianza, el grupo de curiosos que se reunió en la calle, la suave y voluble elocuencia del intermediario explicando al policial estupefacto que el protagonista no era «un simple mortal, sino nada menos que un Diputado al Congreso».

El señor González Zeledón o *Magón*, para usar su pseudónimo tan familiar por todo Sud América, no es el único escritor de la América Central que cultiva el rico campo de las costumbres nacionales, pero ha sido el primero que lo ha hecho y es el más conocido y el más experto en esta clase de literatura. Aprendió su arte de los franceses y lo sabe mejor, para decirlo de paso, que los mismos españoles, porque aunque el español tiene cierto don para narrar y analizar, rara vez aparece tan en su te-

rreno dentro de los estrechos límites del cuento, como este cuentista costarricense que puede caracterizar un tipo con una docena de palabras o dejar entrever, como por una ventana, en una página más o menos, escenas llenas de vida y color en un país poco conocido. Lo mejor de todo es que nos presenta la verdadera atmósfera tropical, esa atmósfera de los trópicos americanos tan a menudo descrita por escritores que sólo tienen la casual información del turista. En este libro hay pasión y calor tropicales, pero hay también otras cosas características y a menudo menos celebradas: la pobreza digna, el severo valor del fatalista y, la nostalgia que parece inherente al temperamento tropical y sobre todo, el agudo y maduro ingenio de los latinos.

Es fácil visualizar al autor a través de sus cuentos, como un hombre de ojo alegre y penetrante que ve la vida sin sentimentalismos, pero la juzga amable. El autor muy a menudo se escapa a escuchar los peones conversando en su *patois* criollo como el mango, y reproduce tales conversaciones muy a lo vivo; amigo de sacar buen partido de la ocasión y de rasguitar su guitarra a la luz de la luna, lanzando a lo lejos la portada de su libro y de su tierra, invitando a entrar en ella al lector con aquella simpática y hospitalaria frase innata en los castellanos y criollos: «Entre: está en su casa».

MUNA LEE

(Trad. por HELIA DITTEL, del *New York Times Book Review*).

## Arturo Capdevila

¿HE aquí a un poeta. ¿El poeta de Argentina?... No, puesto que está aún muy viva, muy cerca de nosotros la silueta de Lugones. Y, no obstante ¡qué deseos de contestar que sí!

¿Por dónde empezar el estudio de esta personalidad diversa sin ser cambiante; múltiple y tan unida? Frente a la obra, nace una codicia ambiciosa de escogerlo todo, de arrancar una a una las hojas exactas del jardín. El intento trae la desesperanza y viene al espíritu la conformidad con lo mejor. ¿No es, acaso, esta conformidad la delicia más pura de la crítica?

Arturo Capdevila es un poeta. No basta decirlo; hay que agregar que, esencialmente, el poeta habla en él —¡con qué disertado estilo!— aun en las páginas que dan impresión de separarse, con mayor latitud, de la provincia lírica de su corazón, aun en los libros que él clasifica con el título un poco vago, un poco inexacto de *altos estudios*.

Son raras en la poesía argentina las notas apagadas. El desvaido matiz propio a la lírica de México, los grises lentos, los azules sin fondo de las lejanías de la altiplanicie hacen falta a la madurez de esa poesía que recuerda más que el tallo esbelto de los lirios la rubia plenitud de las manzanas, oxigenada por el sol.

En el mismo Lugones la deliciosa huella del simbolismo fué menos de espíritu que de forma. La melancolía de los *crepúsculos del jardín* ¿es verdadera melancolía?... No sé, pero a menudo, parece ser, sólo, sensualidad. ¡La chair est triste, hélas!... Si, y, por desgracia, el espíritu también.

La sensualidad de Lugones no es la torva, la ruda, la encendida de Jean Richepin. Se parecería un poco a la de d'Annunzio,—desleída toda en esplendores de sedas de Damasco dentro del agua de un espejo de Venecia,—si no fuera por su elegante economía, por las riendas clásicas con que Lugones frena, a tiempo, el impetuoso curso del romanticismo.

Las *Odas Seculares* convienen mejor al retrato que quisiéramos esbozar de Lugones, sobre el fondo de la poesía contemporánea de su país, un fondo que da a veces la impresión de haberse quedado en la pincelada convencional de Zuloaga.

Fernández Moreno expone la sonrisa de una larga placidez. El campo se refleja en su obra, no como el temblor de una vela sobre el cristal cortado de una lámpara de Sajonia sino como se reflejan, al mediodía, las cosas sobre el vidrio espeso de una copa de vino en el ambiente de un comedor de provincia.

En el cuadro de la poesía argentina, los colores sombríos se quedan, como en las telas de Velázquez, para los personajes secundarios. Con ellos empieza el segundo término—y, no siendo el primero, ¿qué importa ya que no sea el último?—en el que, por tolerancia con el uso, diremos que se destacan figuras tan borrosas como la de Alfredo R. Buffano.

Capdevila desdeña la anécdota que toda tristeza esconde y, cuando toca estos temas, lo hace penetrado de la gravedad de su misión. El mismo lo declara, con orgullo, en las palabras liminares del *Libro de la Noche*: «No fué el dolor nunca en mi verso, el dolor miserable de la pequeña pena por el pequeño desastre de todos